



AVALLONE

La tarea menos sencilla

EL MUNDO MUSULMÁN está convencido de que la guerra global contra el terrorismo fundamentalmente es una guerra contra el islam

GRAHAM E. FULLER - 03:16 horas - 04/04/2004

Ocupación norteamericana de Iraq, más de 35 años de ocupación israelí de Palestina, terrorismo en auge en ambos países, operaciones de Al Qaeda extendiéndose por Europa, creciente cólera musulmana contra EE.UU., asesinato del líder espiritual palestino de Hamas: ¿en qué acabará todo esto?

Las relaciones entre el mundo musulmán y Occidente se hallan en su peor momento en medio siglo, sobre todo entre EE.UU. y el mundo musulmán. La situación política se radicaliza sin perspectivas de fácil solución. ¿Por qué? Los motivos del actual curso de las cosas son múltiples y complejos, aunque es menester añadir que la mentalidad actual del mundo musulmán constituye un factor clave del problema.

De todos modos, los musulmanes siguen buscando las razones de su situación actual de debilidad, divisiones, parálisis, atraso e impotencia tras largos siglos de grandeza, con miras abiertas a todas aquellas ideas y conceptos susceptibles de dar razón del problema y de su solución. Si bien en el pasado el nacionalismo árabe y, posteriormente, el marxismo-leninismo aportaron respuestas, actualmente cumple tal función el islam en su faceta política. Los musulmanes quieren recuperar actualmente su poder e independencia haciendo frente a Occidente pero no atacándolo o conquistándolo, sino demostrando su independencia y autoridad.

Recordemos las primeras palabras de Mao Tse Tung al hacerse con el poder después de la revolución china: "China ha resistido". Esta declaración fue una enérgica reafirmación del nacionalismo chino así como una manifestación en contra de la hegemonía occidental sobre él. En consecuencia, la intervención y hegemonía norteamericanas en el mundo musulmán actual que vienen a sustituir a la potencia anterior inglesa, francesa o rusa constituye un origen clave de la frustración y la ira en un momento, el actual, en que los musulmanes no disponen de un Mao, un Ataturk, un Gandhi, un Sukarno o un Castro que los libere. Aunque, eso sí, cuenta con un Che Guevara llamado Ossama Bin Laden.

El resentimiento contra la hegemonía norteamericana no es – naturalmente – un factor exclusivo del mundo musulmán; su influencia puede apreciarse en todo el mundo actual, incluso en la propia Europa occidental. La Administración Bush, con sus maneras francas

y escasamente diplomáticas, ha potenciado además estos sentimientos. Sin embargo, aunque los musulmanes no estén conformes con Bush, han de recordar que fueron los atentados del 11-S –perpetrados por musulmanes– los que derivaron en la guerra global de Bush contra el terrorismo y reforzaron la nueva ideología neoconservadora en EE.UU.

La consecuencia actual es que el mundo musulmán está convencido de que la guerra global contra el terrorismo es, fundamentalmente, una guerra contra el islam. Y aun en el caso de que no lo sea, el mundo musulmán constituye indudablemente el principal objetivo de las investigaciones que se realizan hoy día. Por añadidura, el islam es una religión que consagra gran atención a la noción de justicia y, sobre todo, a la justicia social. Los musulmanes consideran que la ocupación israelí de Palestina durante más de 35 años, junto con la pérdida de sus hogares en el caso de la población palestina, constituye una enorme injusticia que se ha cebado en los musulmanes, quienes en este sentido pueden perfectamente aducir un motivo de reivindicación que Washington no atiende con la seriedad que merece. La declaración oficial de Washington sobre el asesinato del jeque Ahmed Yassin –“al fin y al cabo, sólo era un terrorista”– ha enfurecido a los árabes que veneraban a Yassin como figura carismática con un aura de santidad que –bien es verdad– prestó su apoyo moral a las acciones terroristas de Hamas, pero no en nombre de un terrorismo sin orden ni concierto sino de un combate de liberación nacional contra una potencia ocupante. Los musulmanes persiguen que se les trate con una mayor justicia en el contexto internacional. ¿Cómo puede lograrse?

Personalmente, no acepto la endeble argumentación intelectual de la tesis de Samuel Huntington que señala que presenciamos un “choque de civilizaciones” en el mundo actual. Sin embargo, yo también empiezo a temer que el razonamiento de Huntington sea una profecía que por su propia naturaleza tiende a cumplirse. Se trata de una rápida, sencilla y fácil explicación de unas relaciones complejas, que revisten numerosas facetas, entre el mundo musulmán y Occidente. Lamentablemente, los radicales musulmanes aceptan la tesis del choque de civilizaciones. Están convencidos de que tiene lugar en todo el mundo, en el seno de un orden internacional que no pueden modificar en absoluto; no pueden modificar la capacidad de EE.UU. de inmiscuirse donde desee, ni la hegemonía económica (ni siquiera la cultural) de Occidente, ni tampoco sus propios gobernantes autocráticos ni sus políticas que son un fracaso. En el momento actual numerosos musulmanes rechazan todo cuanto proviene de Washington, incluso las ideas relativas a la liberalización y democratización que de hecho desean, pero no confían en las intenciones norteamericanas.

Para los occidentales, asimismo, resulta mucho más fácil atribuir todos los problemas actuales del mundo musulmán al choque de civilizaciones que analizar los motivos de reivindicación musulmanes, tratar con justicia a Palestina, aplicar nuevas políticas y tratar asimismo al mundo musulmán con mayor respeto. “Odiar nuestros valores”, afirma Bush. Así de fácil... Sucede, no obstante, que emprender y aplicar las políticas mencionadas no resulta tarea sencilla e implica además trabajar según diversos planes y calendarios: la necesidad de combatir el terrorismo, de acabar con la

autocracia, de llevar la democracia a Oriente Medio (cuidado: sin dejar que los islamistas se hagan con el poder) y de preservar la estabilidad regional, todo a la vez. De hecho, no es factible: el cambio, el cambio necesario, traerá consigo una inevitable inestabilidad.

Sin embargo, a los líderes árabes en particular les aterroriza el cambio: obsérvese que incluso hubieron de renunciar a la cumbre árabe a finales del mes de marzo. Las sociedades árabes de la región se sienten conmocionadas y furiosas por el hecho de que en un periodo de guerra en Afganistán e Iraq, de choques en Palestina y de exigencia de reformas por parte de Occidente, los líderes árabes carezcan de la valentía o la perspectiva adecuadas para modificar esta situación. ¿Cabe sorprenderse de que todos estos motivos de reivindicación sean ahora susceptibles de manifestarse a través de la actuación de un grupo violento y extremista? Peor aún, dado que ahora no hay una sola sino muchas Al Qaeda.

Limitarse a explicar el origen de la frustración y furia musulmana en nada contribuye a detener las acciones de terroristas peligrosos y brutales. Occidente, en particular los europeos, han de arbitrar nuevas formas de cooperación para afrontar esta amenaza a su seguridad. Europa haría bien en establecer y aplicar estas políticas por propia iniciativa y no como parte de la “guerra global contra el terrorismo” de Bush. Occidente necesita, ciertamente, aplicar una coordinación internacional de esfuerzos contra el terrorismo. Pero, si se hace al estilo de la Administración Bush, el remedio será peor que la enfermedad. Si las propias políticas europeas se ven identificadas, a ojos de Oriente Medio, con las autodestructivas y peligrosas políticas de Bush y los neoconservadores, perderán asimismo credibilidad entre los musulmanes.

Europa, si adopta de forma independiente su propia senda, puede ser la última esperanza de dar paulatinamente con una vía tendente a aplicar un enfoque nuevo, más atento y perspicaz –y más eficaz– susceptible de abordar positivamente los problemas del mundo musulmán así como el desafío del terrorismo.

Sin embargo, aun teniendo en cuenta lo que puede hacer Europa, no existen respuestas inmediatas ni fáciles. La población musulmana de Europa se enfrenta a unas barreras aún más altas contra la integración que en el caso de los musulmanes de Norteamérica, en parte porque Norteamérica es una sociedad de inmigrantes. No obstante, es evidente que todos los musulmanes occidentales pueden apuntar las vías de solución de los problemas de sus propios países. Una vez tengan vía libre (en la medida en que los permitan sus respectivos sistemas y marcos políticos) para empezar a dar un giro a su propia existencia, habrán de responsabilizarse de sus propias decisiones políticas. A partir de ese momento, ya no podrán escudarse tras la mentalidad victimista que les vence en la actualidad. Habrán de lidiar con sus propios problemas, sus propios fracasos y sus propios terroristas. El terrorismo no finalizará en Occidente hasta que los propios musulmanes, viviendo en sociedades libres, se hallen en condiciones de afrontar tanto el propio terrorismo como las circunstancias que lo generan, en sus países y en sus comunidades respectivas en Occidente. Existen ciertamente motivos específicos de reivindicación y problemas concretos en ambos ámbitos. Pero, por encima de todo, no deben convertirse en un “choque de civilizaciones”.

G. E. FULLER, ex vicepresidente del Consejo de Inteligencia Nacional de la CIA. Autor del libro "The future of political islam" (Palgrave/MacMillan, 2003)
Traducción: José María Puig de la Bellacasa

LA VANGUARDIA, el diario más vendido en Catalunya Control OJD-WWW
Copyright La Vanguardia Ediciones S.L. y Iniciativas Digital Media S.L. All Rights Reserved Aviso Legal